



EL SUEÑO EN LA TARDE DE LLUVIA

(MONOLOGO CON OBJETOS)

ESTE monólogo no tiene tesis; es una aventura dramática inconcreta en casi medio acto. *En el fondo a uno le gustaría utilizar grandes ideas trascendentales; por ahora, al autor de este monólogo con teléfono, radio y agua corriente, le sucede que se encuentra atado al mundo que nos rodea y nos grita fuera del silogismo. Como podrá verse enseguida, el tema, solamente el tema, se reduce a un muchacho que vive con su familia y que ha quedado encerrado en el piso por un capricho del azar. Pero bajo esto corre algo diferente en los subterráneos del asunto. Si por casualidad, alguna vez se representase este, poco más o menos, medio acto, me gustaría que tuviese una música de fondo bonita y suave. Nada más.*

La escena en una habitación con un gran ventanal al fondo. En primer término un sofá, dos butacones y una mesa con teléfono. En una mesa de segundo término un aparato de radio. Luz de lluvia, al iniciarse la acción. Casi inmediata la noche. Pero desde el comienzo hay encendida una luz con pantalla sobre una mesa, y una luz de pie también con pantalla. MARTIN, cuando se levanta el telón, está en último término, junto a la ventana, mirando la calle. A lo largo de la acción, el personaje se mueve de un lado a otro, cuando no haya indicaciones precisas. Interesaría en el actor cierto énfasis contenido.

Estar aquí, encerrado, sin respuesta; sin que nadie pueda contestar: ¡hola! Sin un murmullo, eco que responda a mi voz en la tarde lluviosa, cuando los cafés están llenos y los cines crujen bajo cientos de pies que



aguardan el instante de mirar la pantalla con amores vacíos de calor. Cuando el beso final cruje en el celuloide como una hoja seca llevada por el viento de otoño. Y sin embargo, en las enormes cabezas, en los grandes labios del primer plano, el beso había de sonar como un disparo.

Cruza la escena, y toma de una caja de cigarrillos, uno; lo enciende y vuelve a situarse delante de la ventana. De esta forma, MARTIN sale de la penumbra del último término y se muestra al espectador. Es un muchacho, de unos veinte años, que viste un traje cómodo que no corresponde a la chaqueta de costumbre, pero tampoco es un atuendo arbitrario.

Mientras llueve en la calle y los escaparates acaban de encenderse, estoy aquí, encerrado, prisionero de Zenda, entre libros que no contestan y cuadros que no representan ninguna parte, junto a los periódicos de esta mañana, cuyas noticias se han vuelto amarillas de pronto.

Se han llevado la llave, y me han dejado aquí, pendiente en una jaula del cielo y de la lluvia, en un piso tercero con vistas a la plaza, donde el silencio crece como un césped y una estatua de mármol señala con el dedo.

Estoy aquí, encerrado, prisionero del tedio, por un azar. La leve casualidad de llevarse una llave, ignorando que yo estaba encima de la cama de mi cuarto, con los ojos cerrados. Acaba mi condena encerrado ahora mismo, desde ahora mismo quizá por unas horas. He estado condenado. Ha sido una condena lenta de biberones, de colegios, de salir en carrillos, de inyecciones, sin saber decir nada. Pero ahora tengo los veinte años, con los ojos a punto para mirar las cosas, las personas y el ademán secreto que brota sin cristales.

No, no podrán matarme las corrientes de aire, ni los bacilos, ni los números de los ciegos, ni ese puñal lanzado al corazón, que pasa, ni las toses en ráfagas, ni el desengaño, ni el amor desgraciado, ni la voz que designa para el llanto y el luto.

MARTIN ha ido adelantándose hacia el primer término de la escena, hasta sentarse en el sofá.

Andar, andar. La tarde crece sobre los árboles y el sol es un murmullo dorado. ¿Qué locura, secreto, maravilla, cruzará por los dedos alzados en el aire? Mis dedos nuevos, intactos, para tomar una cintura, o el



latido de un pecho que suena en la profunda inmensidad más blanca que el hielo y la esperanza. Andar, andar, cruzar bajo la lluvia las calles del otoño, mientras suena en el viento una canción de hierro y tiembla en los cristales la congoja.

Se tiende en el sofá.

El pulso levantando su equipo de veleros, cruza por los estrechos, bahías, archipiélagos, desde el brazo hasta el pecho navegando su ruta. ¡Oh sangre incompatible! ¡Oh padres, si el destino diera factor de Rhesus dispar en ambas sangres creadoras, y precisara el cambio, no fuera que la muerte vendara las palabras! ¡Sangre inédita al fin, desde otra vena ingresando en el brazo equidistante, cuya memoria es otra! ¡No ser ya uno sino por otra sangre! ¡Qué cartas dispondrá este pulso extranjero? ¡Sustituir el paso del tropel, los millones de pies que sucesivos cruzan por la muñeca calle arriba!

Toma de la mesa un periódico y lo abre.

He aquí la vida: un día solamente, aislado, sin pasado, sin futuro. Tan solamente un día en donde el mundo gira sobre el dedo del aire, y en sus columnas frías un rostro sin ventana. «Cantante contratada en club nocturno de Caracas, desaparece. Se llamaba Janine. Toda su correspondencia ha sido devuelta con la frase: Partida sin dejar dirección». Unas señas que faltan y una marcha, ¡huída o raptó?

Janine ¿dónde estás?

Se ha puesto en pie.

¿Qué herida va sangrando en tu canción postrera? ¿Qué vestido ponía su escote apresurado desde tus hombros blancos? Quisiera estar allí, para buscarte en todas las tardes de tu infancia, con pequeños vestidos y lazos en el pelo. Con tus extraños libros de colegio, donde nada se hablaba de las salas nocturnas, y en un mapa Caracas era un punto sin brillo. Quisiera estar allí, para buscarte en la mirada de todos los habitantes de Caracas. ¿Qué ojos recogerían tu último gesto? ¡Ah Janine, tus manos se abrirían para dar al teclado de la muerte la última nota, la que se quiebra sobre la última tos!

Llama al teléfono, lentamente, cansado.



Telefonista... oiga. No quiero hablar con nadie... Aunque quizá quisiera hablar con Venezuela... Una muchacha ha huído, o ha muerto; o quizá esté huyendo, o quizá esté muriendo ahora mismo... Telefonista, no, no corte... ¿No le importa lo que pudiera ser de esa muchacha?... No la conocía, no. ¿Qué importa eso? ¿Quién sabe si cualquier tarde había de conocerla, y estaba destinada a mi voz?... Ella debía tener unos ojos pequeños y calientes como brasas. Debía poner las manos delante de los ojos, como frente a una hoguera.

No, no, telefonista. No corte. Estoy solo, encerrado. Quizá mañana salga de esta cárcel sin rejas. Me he dado cuenta ahora; han sido veinte años y una tarde... ¿Qué empeño por cortar!... Es media tarde, sí, y también llueve delante de sus ojos.

Llueve para los dos, mi dulce amiga. Yo solo aquí, en la tarde, y tú en el falso piano, repleto de clavijas, uniendo voces lentas y distantes; acercando palabras una a una, a través de los hilos como un collar que suena por el aire.

No cortes, por favor. Llámame ahora, cuando te sea posible... Cuando tengas un momento tranquilo... Será como una cita en la esquina del tiempo, donde el espacio huye, igual que un perro perseguido.

Cuelga el auricular.

¡Ah, Janine!

Se dirige a la ventana.

Ya no podré escuchar tu voz un poco ronca, como un escalofrío, y tus canciones donde el amor lo es todo. ¡Oh, Janine! ¡Qué solo me has dejado al irte de Caracas, al desaparecer de tu hotel en el otro lado del Océano! ¡Al escapar con los barcos cruzando sin reposo, y el avión saltando igual que un grillo!

¡Pobre de mí, Odiseo sin sirenas, sin la isla, sin Circe, sin Calipso, sin Penélope, navegando en la tarde esa cortina de agua sin delfines, donde no pueden moverse los navíos!

Acercándose al segundo término, conecta la radio.

¡Escuchadme, sirenas, cantad!



Se escucha la música que prelude una canción.

¡Oh voces! Estoy aquí, atado a este mundo tenso, limitado, absurda isla prisionera de un mundo de pasillos y de cuartos de baño, mientras pasáis a prisa, como los automóviles y las estrellas. ¡Oh, voces! ¡Cantad! Una voz por lo menos...

Se escucha una canción en la que se repite muchas veces «te quiero». Puede servir, por ejemplo, una de la que no recuerdo el título, pero que repite: «Si tengo celos de ti es porque te quiero».

Sí. Ya sé que me queréis, oh voces distantes, que brotáis de la noche, de lejanos lugares emitiendo hacia el cielo. No me esperéis. No puedo ni siquiera buscaros. Estoy aquí, encerrado, en esta tarde lenta con lluvia en los cristales.

No, nunca pasa nada. La aventura se esconde como un pez. Hace ya algunos años, que al atardecer iba a ponerme mi traje más nuevo, y me peinaba con brillo en la cabeza. Salía a la calle, a ver si me pasaba algo. Y no pasaba nada. No me pasaba nada. Cruzaban las mujeres con su prisa. No había para mí ni una palabra. Algo hubo luego, después, más tarde. Pero no era lo mismo que arreglarse con el pelo brillante, planchado en tres espejos.

La música y la canción han sonado todo este tiempo. De un armario que hay en uno de los muebles saca un vaso y una botella. La música sigue sonando hasta que se indique.

A los once años me emborraché por primera vez. Bebí cortos tragos de agua, lentamente, en los pequeños vasos de licor. Me emborraché, lo juro. Quizá lo que emborrache sea el vaso y las palabras que no son pronunciadas.

Se sirve y bebe dos veces, ahora se dirige a la radio, que canta una canción. Conviene que la canción que canta la mujer de la radio sea muy suave y amorosa.

No me engañes. Yo sé que no cantas para mí solamente. Más de mil hombres reciben en sus brazos este canto. ¡Ah, traidora! Creía que



eras mía solamente, y que a ningún hombre habías hablado dulcemente. ¡Desdémona cruel! ¡Demonio infame, que escupes las palabras de amor profanando el amor más noble! ¡Ah, traidora! ¡Cuántas veces has dicho ser mía y eras de todo el mundo en onda corta! No necesito ahogarte. Con cerrar un botón te llegará la muerte, el silencio más negro, enlutando el espacio. ¡Sí! ¡Tienes que morir, Desdémona, aunque sonrías y tu voz quiera en este momento desarmar mi designio! ¡Qué destino cruel para el luto y el llanto, mas tienes que morir aunque arrastres la voz tras de mí!

¡Ah, así!

Cierra el botón de la radio, y la habitación queda en silencio.

¡Ah, muerte, por lo menos tose! ¡Haz algo, una señal, un movimiento que te muestre!

Se apaga la luz de las lámparas, queda una claridad vaga.

Así, también la muerte para el resto, para el sofá, la mesa y estas manos que te han estrangulado hace un instante.

Pausa.

Alguien ha soplado de pronto la candela donde brota la luz, el misterioso signo de las máquinas, y para todos los ojos ha llegado el sueño. Ha llegado el sueño sin reposo, conduciéndose como en los soñados pasillos que se intuyen rodeándonos. ¡Cuántos avaros contarán en la sombra los billetes, con tacto sensual, reconociendo imágenes, firmas y números! ¡Cuántos labios se encontrarán de pronto! ¡Cuántas caricias sorprendidas en un túnel de sombra!

Y también la muerte.

Grita la frase siguiente.

¡Y también la muerte! Cada segundo de tiempo muere alguien: un hombre, una mujer, o ese niño que toca el piano. ¿A quién le habrá tocado tropezar con la sombra dos veces repetida?

Todo está en sombra, mas la lluvia sigue, terca y solemne. Quizá en este momento caiga una lluvia negra. ¡Ah, muchachas de balcón, de la



ventana, en la calle, en la plaza, en los barrios céntricos, o en las afueras! ¿Qué miráis, qué esperáis de este luto caído de repente sobre la noche?

Todos esperamos. Todos estamos esperando que nos ocurra algo. Esperamos que nos abran una puerta, o que fondee un barco en el puerto, o una carta, o una voz, o un giro postal, o que llegue el amor, el martirio o el crimen. Todos esperamos, esperamos sentados o de pie, vigilantes, dormidos o luchando con la marea del sueño.

Se inicia la vuelta de la luz, que levemente crece y desciende hasta volver a apagarse.

Si de repente ya no se encendiera más. Si fuese este su estertor último y cesara de latir el corazón caliente de las lámparas.

La noche sería un túnel hasta el amanecer. Pero ¿y hasta entonces? ¿hasta que la luz creciese sobre la línea fría de los tejados? Este es un túnel, sí. Mas ¿a dónde conduce? ¿O estoy ya entre las rejas?

Se enciende la luz de repente, más fuerte que antes.

Ya está. Ya ha vuelto el mundo. Otra vez han nacido las cosas. Estoy cansado, tanto que no me importa encontrarme encerrado. Cuando la llave gire, se abra la puerta y salga hacia la vida o el sueño, ¿qué surgirá a mis ojos?

Me siento tan cansado como si me lloviera dentro. Tan cansado como si me atase el agua, finos hilos de lluvia rodeándome.

Se sienta en el sofá

Me tenderé. Que el sueño, o lo que venga, deshaga todo esto que se alza ante mis ojos.

Se tiende en el sofá. Habla lentamente.

Otro mundo me aguarda. Me está esperando un mundo. Caeré sobre sus calles y sus plazas desde el sueño o la vida. Y ahora, hacia la aventura. A despertar... a despertar...

Queda inmóvil un instante mientras cae rápidamente el telón.

